

1° PUESTO, CATEGORÍA EXPLORADORES DEL MUNDO

Las historias de la abuela

Mi abue o Mami María, como todos le decimos, es la mejor contadora de historias, ella tiene un súper poder, tiene la capacidad de hacernos viajar en el tiempo. Afortunadamente vivo con ella y tengo la oportunidad de viajar al pasado muy seguido... y como en mi cole Liceo Campo David me han enseñado a compartir; pues ahí les va una de las mejores historias de la Mami María.

“Cuando yo era niña, la vida era muy dura, vivíamos en una casa muy humilde, hecha de bahareque, en esa época usábamos alpargatas, teníamos que hacernos cargo de los burros, las chivas (ovejas), las vacas, las gallinas y los perros que teníamos en la casa. Con los otros niños nos gustaba que nos enviaran a traer leña para hacer de comer porque era la oportunidad para reunirnos y poder jugar un rato; por ejemplo, llevábamos un cartón y nos mandábamos loma abajo deslizándonos, era muy divertido. También entre todos poníamos columpios en las ramas de los árboles y ahí pasábamos otro buen tiempo. De vez en cuando también cuando estábamos en los pastales, reuníamos pasto seco, le prendíamos fuego y salía maíz pira.

Lo bonito de ir al colegio era que a mi mamá le tocaba mandarme a hacer el uniforme que era un delantalcito de cuadritos azules con blanco; pero el más bonito era el uniforme de gala (jardinera negra con blusa blanca de manga larga, zapatos negros con medias blancas y boina negra) con el que tocaba ir a misa el día domingo y durante la cual nos tocaba cantar. La profesora era la que nos entrenaba entre semana para cantar los domingos. Los juegos del descanso también me gustaban mucho; saltábamos lazo, jugábamos al puente está quebrado, a la golosa, a las escondidas, yermis, al corazón de la piña y otros que no me acuerdo. Lo que no me gustaba era que si llegábamos tarde, por llegar embarrados, por no llevar tareas, por no saber la lección al pie de la letra, los profesores nos pegaban en las manos con una regla, nos daban coscorriones, nos

obligaban a sostener un ladrillo en cada mano con los brazos arriba arrodillados en una esquina del salón. Una de las cosas que me dolía mucho era que había una profesora quién cada día escogía una niña de nosotras y nos llevaba a la casa de ella a que le hiciéramos el oficio de la casa; nos tocaba lavarle bultos de ropa, birlutarle los pisos que eran de madera, cocinarle y muchas otras cosas. Lo más irónico era que a pesar de que no nos gustaba que la profesora nos llevara por allá, éramos muy creídas contando que la profe nos llevaba a su casa. Lo que yo aprendí en la escuela era la suma, la resta, la multiplicación, a escribir en letra cursiva, a leer al pie de la letra.

Una de las mejores celebraciones que hacía el colegio era el santo de la madre. Los niños hacíamos presentaciones, hacíamos como un desfile donde los niños íbamos adelante con los detalles para la mamás (copitas, claveles, un pocillito con platico, vasos de vidrio, entre otros). La época de navidad sí me gustaba porque vendíamos lama para el pesebre y con eso que ganábamos, comprábamos los delantales y las alpargatas para estrenar en navidad. El día de navidad mi mamá nos daba un sorbito de vino y galletas caravana y nos dejaban echar las luces de bengala en la noche con los vecinos”.

Y hasta ahí llega la historia del día de hoy porque la Mami María ya está cabeceando y debe tomar sus onces. Yo mientras sigo a bordo de la máquina del tiempo pensando e imaginándome cómo era esa época. Me parece genial eso de que podían salir a jugar con los vecinos y no me imagino cómo podían vivir sin ningún tipo de tecnología. A la Mami María le tocó muy duro por lo que cuenta, sin embargo, fue muy inteligente y sabia porque se mantuvo al lado de mi abue o Papi Irra, pudieron criar y sacar adelante a mis tías y a mi mami y una de sus mayores alegrías y orgullos es que todas sus hijas son profesionales y muy buenos seres humanos.

Laura Valentina Céspedes Reina, estudiante 6ºA